
La última forma socialmente respetable del prejuicio

Hortensia Moreno

A Chaneca en su cumpleaños

Es hora de reconocer la dimensión política de la vida erótica.
GAYLE RUBIN

Mi preocupación por Carlos Cuauhtémoc Sánchez (en adelante CCS) comenzó cuando empecé a sospechar que tiene un amplio público juvenil —tal vez en buena parte cautivo— para quien constituye la principal fuente de información acerca de la sexualidad; no porque sus libros sean los únicos textos disponibles (de hecho, existe una enorme variedad de libros que tratan la materia de forma más o menos confiable, más o menos rigurosa, más o menos solemne, más o menos clara, más o menos interesante) ni porque la lectura sea la única manera de acercarse a la información (de hecho, jóvenes y adolescentes tienen acceso a toda clase de datos, imágenes, opiniones, propuestas, curiosidades y discusiones sobre sexualidad a través de los medios de comunicación de masas y de internet), sino porque ha ganado una gran credibilidad gracias, en parte, a su presencia constante en el mercado con una considerable colección de títulos, todos ellos enfocados a la sublime misión de orientar a la gente en los aspectos más delicados de la existencia.

Para quienes no conozcan el fenómeno, bastará con asomarse a las librerías para encontrar, entre los éxitos editoriales, enormes pilas de libros de CCS; para empezar, se trata de un negocio. Un negocio muy lucrativo, hasta donde se puede inferir: su editorial anuncia —de antemano— cada título como un *best-seller*. Se trata, en efecto, de una productiva empresa —presente de manera conspicua en los lugares donde se venden precisamente *best-sellers*— la cual manifiesta su determina-

ción de combatir la piratería con el ingeniosísimo expediente de dotar cada libro con un vistoso holograma “plateado, tridimensional, con la figura de un diamante, exclusivo de los libros originales” y con la exhortación al lector que se encuentre con algún ejemplar a la venta sin el holograma de marras, de que avise cuanto antes a sus legítimos dueños.

La colección cuenta ya con al menos diez títulos distintos, el último de los cuales (*Vivir sin cadenas*) se anuncia en carteles a todo color en los vagones del metro. En las tiradas actualmente en el mercado no se indica cuántas ediciones se han impreso de cada título, pero podemos suponer, sin temor a equivocarnos, que de todos ellos se han hecho varias.

En *La última oportunidad* (en adelante, UO) y en *Un grito desesperado* (en adelante, GD), el primer registro de derechos de autor data de 1992, por lo cual imaginamos que la industria empezó hace alrededor de una década. De los cuatro que revisé, sólo uno (*Juventud en éxtasis 2 / Curso definitivo sobre conducta sexual*, en adelante JE2) consigna el tiraje de diciembre de 2000: cincuenta mil ejemplares: cifra impresionante para un país donde “no se lee”. Cifra que permite imaginar el volumen de ganancias de un negocio editorial tan rentable, puesto que los libros de CCS no son precisamente “baratos”.¹ Cifra envidiable para una publicación como *debate feminista* que se congratula de haber agotado ediciones de mil ejemplares (aunque en muy contadas ocasiones, por ejemplo, con los números dedicados a la sexualidad).

El éxito editorial es impredecible. Podemos sospechar, sin embargo, que existe un público consumidor de la “autoayuda” o —como la propia divisa editorial lo proclama— la “superación”. Las Ediciones Selectas Diamante (“libros que transforman vidas”) se exhiben sin pudor junto a los libros que prometen resolverle sus problemas a las personas de una en una y de uno en uno, con recetas rápidas y resultados inmediatos: cómo triunfar, cómo vender, cómo adelgazar. Libros que vienen y van como las modas y ocupan, invariablemente, los primeros lugares en las listas de los más vendidos.

¹ Las tiendas de Sanborn’s, puntos de venta preferidos de Ediciones Selectas Diamante, suelen ponerle periódicamente una etiqueta roja a los volúmenes de la colección, de manera que pueden adquirirse al precio de oportunidad de 90 pesos; el precio normal (según consta en la etiqueta blanca) es de 110, un poco inflado para el volumen del tiraje.

Pero su importancia no se agota en el éxito editorial, porque incluso dentro de ese renglón, CCS es un fenómeno:² lo leen jóvenes. Las he visto leerlo en el metro, en los peseros. Seguramente entra sin escándalo en los hogares decentes. Tal vez el señor Abascal no protestará si se entera de que en la escuela de su hija algún profesor bienintencionado quizá lo recomienda o, mejor aún, lo pide como libro de texto con la clara finalidad de enderezarle la vida a las nuevas generaciones (la contratapa de *Juventud en éxtasis* —en adelante, JE1— dice que esta “obra literaria” ha sido “propuesta como lectura complementaria en miles de colegios de nivel medio y medio superior en todo el mundo de habla hispana”).³

Porque ésa es la oferta, ni más ni menos: “cambiar su vida y la de sus seres queridos” (GD); que quien lea el libro se vuelva “más productivo, más alegre y, sobre todo, más fuerte en el área emocional” (UO); y por cierto, que cuente con “un manual indispensable para lograr la verdadera educación sexual, un curso de crecimiento destinado a convertirse en texto de cabecera para profesores, padres y estudiantes” (JE2).

Más allá de la sorpresa ante el éxito comercial de ese autor no cabe sino preguntarse por qué a tantas(os) profesores(as) del sistema educativo nacional (y de otros países de Latinoamérica) les parecen tan convenientes las recomendaciones que este autor dirige a jóvenes y adolescentes respecto del manejo de su sexualidad y sus relaciones familiares.

Desde luego, el espectro de sus lectores rebasa al público escolar para extenderse hasta límites imposibles de determinar, entre cuyos extremos presumiblemente se cuentan padres y madres preocupados(as) por el buen funcionamiento de sus roles parentales, maridos y esposas

² Si pensamos que la vida activa de un libro es mucho más larga y compleja que su existencia en los anaqueles, podremos imaginarnos cientos de miles de ejemplares firmados por CCS en circulación.

³ Desde hace algunos semestres, les pregunto a mis estudiantes de licenciatura —al grupo en pleno— en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales si han leído a CCS. La respuesta, a grandes rasgos, es siempre mayoritaria: más del 80% del grupo levanta la mano, aunque muchas personas lo hacen bajo protesta y se ven en la imperiosa necesidad de justificar esa lectura vergonzante: “es que una maestra en la secundaria nos obligó...”. Cristóbal Henestrosa —en su libro *La juventud merece el éxtasis*, Fontamara, México, 2002— dice que en la página electrónica de Editorial Diamante se anuncian centros de distribución en ciudades de toda América Latina y en EE.UU., además de la traducción al inglés de dos de sus títulos.

que se cuestionan la viabilidad de sus matrimonios, hijos e hijas en busca de respuestas para sus crisis filiales, parejas de novios con dudas sobre sus futuros compromisos, y un vago etcétera donde se podría incluir a las(os) propias(os) maestras(os) de enseñanza media y media superior sumamente consternadas(os) ante las predecibles necesidades de información de sus estudiantes respecto de temas tan difíciles de abordar como la masturbación, la iniciación de las relaciones sexuales, la promiscuidad, la rebelión contra el padre, las perversiones, las adicciones, el uso de anticonceptivos, las infecciones de transmisión sexual, el embarazo no deseado, la infidelidad, el divorcio, y todas las complicaciones asociadas con estos graves problemas.

La promesa editorial es responder a todas esas inquietudes de manera precisa y categórica, unívoca e impecable. Con la ganancia extra de transmitir toda esa sabiduría en forma atractiva, gracias al auxilio del relato novelado. ¿Qué más se puede pedir en estos tiempos de incertidumbre? Se trata de textos instructivos, amenos, actuales, profundos, pero sobre todo y por encima de cualquier otra consideración, los libros de CCS tienen un muy alto sentido de la moral, aunque no de cualquier moral, sino de la única posible en nuestro país: la moral católico-mexicana.⁴

El principal cimiento de esa moral es *la familia*, aunque no cualquier familia, desde luego, sino esa estructura eterna cuya existencia nadie pone en duda, esa organización social inefable y prístina que le permite a CCS situarse en una posición de superioridad moral respecto del resto de la humanidad, porque no toda la gente tiene la fortuna de pertenecer a una familia decente y acomodada,⁵ con una madre que se dedique en cuerpo y alma a su bienestar y cohesión. No todo el mundo

⁴ El cariz nacionalista tiene relevancia: CCS mira escandalizado la liberalización de las costumbres —que se refleja, por ejemplo, en la producción massmediática estadounidense— de los países ricos: “Es una realidad incuestionable: en los países ‘desarrollados’ el ambiente juvenil se ha degradado tanto que resulta cada vez más difícil hallar matrimonios jóvenes exitosos o familias estables” [JE2:111].

⁵ El mensaje de clase se extiende a lo largo de todos los textos con regular sutileza, lo cual no acaba de resultar paradójico, porque gran parte del público de CCS pertenece a estratos populares, aunque seguramente quiere identificarse con esa clase social —quienes poseen una casa, tienen varios coches, estudian en escuelas particulares, viajan al extranjero, se dedican a profesiones liberales, tratan con empresarios, etc.— que se reivindica en estas novelas como la portadora de la moral, como el paradigma de lo humano que marca su diferencia con los sectores del bajo

vive el orden inalterable de la jerarquía patriarcal. No todos los seres humanos han accedido a las incontestables verdades que los libros de CCS nos van a revelar.

¿De qué trata CCS?

Presumo que con la muestra de cuatro textos⁶ revisados por mí para este ensayo es más que suficiente para caracterizar la obra del autor. En todo caso, no creo que nos depare demasiadas sorpresas todavía, pero cualquiera que tenga alguna duda al respecto, deberá sumergirse en la investigación, porque yo ya estoy saturada de CCS.

Para comenzar, todos los volúmenes son bastante semejantes en apariencia y tamaño; es obvio que están diseñados para responder a las necesidades de la industria en que se han convertido: todos tienen exactamente 192 páginas, es decir, exactamente cinco pliegos de 32. Todos los que traen colofón consignan la misma imprenta. Todos tienen los mismos terminados y más o menos el mismo formato (con variantes tipográficas para ajustarse al tamaño oficial). Todos reproducen en la portada un detalle notable de alguna obra más o menos famosa: Klimt para los dos volúmenes de JE, *El grito* de Munch para GD, *Orfeo* de Moreau para UO.

Y si en el exterior son muy parecidos, en el interior repiten de manera machacona una fórmula probada. El esquema narrativo es siempre el mismo: todos los relatos están escritos en primera persona del singular; en todas se utiliza el recurso de la carta para introducir la subjetividad del personaje alterno; en todos los relatos el personaje principal es del sexo masculino: los personajes femeninos sirven o bien para arrastrar al protagonista al borde de la ruina (o sea, son malas y mal averiguadas) o bien como ancla para capear el temporal (es decir, son buenas y puras hasta la náusea). Y en todas, la historia contada es solamente un pretexto para introducirnos en el mundo maravilloso de la "superación".

mundo, el de la gente que "no tiene cimientos": "por la noche las calles de la ciudad están atestadas de vagos, pandilleros, buscapleitos, ladrones, borrachos y demás" [GD:127].

⁶ Las fichas completas están en la bibliografía, al final de este texto.

Tres de los relatos repiten el mismo *leit motiv*: el protagonista se encuentra en situación crítica, en franco desmoronamiento moral: o bien está a punto de divorciarse y el “fracaso matrimonial” lo lleva al más horrendo infortunio: “Tuve que caer hasta el sumidero para detenerme a reflexionar” [UO:10] o bien es un hijo de familia que presenta una conducta muy preocupante en la escuela y en el hogar: “Estaba acostumbrado a reaccionar como la ‘carga social’, ‘el delincuente en potencia’ que me habían convencido que era” [GD:19] o bien es un muchacho que lleva un rato acostándose con cuanta chava puede:

el sexo se estaba convirtiendo para mí en un vicio, en algo básico, prioritario, central... en una necesidad creciente. ¡Y mientras más la saciaba, más se incrementaba! ¿No les ocurría lo mismo a los drogadictos o a los alcohólicos? [...] Resultaba curioso comprender que todos los hombres éramos proclives al sexo-adicción y alarmante aquilatar que yo era un esclavo de ella [JE1:20, 24].

El cuarto [JE2] es una secuela; aquí el personaje principal es el mismo de JE1, años después de que ha superado la crisis y cuando se ha entregado de lleno a la misión de intervenir en las crisis de los demás, las cuales siguen siendo el asunto narrativo central; ahora la trama explora la novela policiaca y los personajes se enfrentan con el misterio de un asesinato; pero, al igual que en las anteriores, el relato es sólo un marco para el curso de superación.

En el momento crucial de cada historia (cuando el personaje acaba de tocar fondo y está a punto de cometer un error irreversible) ocurre un encuentro que modifica por completo la circunstancia: “Lo que sucedió esa tarde cambió por completo mi vida” [UO:48]; por alguna u otra razón el protagonista entra en contacto con un personaje más o menos misterioso: “un maestro que ha visto la oportunidad de enseñar algo trascendente” [UO:64]; este personaje es el productor de ciertos papeles —también misteriosos— cuyo contenido —¡oh sorpresa: el programa completo de un curso de superación!— se irá revelando poco a poquito, siempre en orden y siempre de manera total, conforme la narración avanza.

La trama, pues, se desarrolla mientras el protagonista y la persona que está leyendo el libro se enteran al unísono del clarificador contenido de esos textos, donde se expone precisamente la solución del problema que aqueja al personaje con una minuciosidad que sólo se podría desplegar en semejante contexto. Desde ese instante, el argumento y el propósito didáctico se entrelazan y el relato ya nada más se utiliza para ilustrar las inmensas verdades que ese personaje ya mayor —también

varón y *alter ego* del protagonista— le asesta con prolijidad a quien lee el libro y al personaje en crisis quien, redimido por tanta sabiduría, endereza su vida y se convierte a la inefable doctrina recién adquirida.

De ahí en adelante, ya todo marcha sobre ruedas: el protagonista atraviesa airosamente las pruebas que le depara el maestro. Todos los profundos misterios que la narración había dejado vislumbrar se disuelven.⁷ Ya de nuevo en el redil, la oveja se empareja con la señorita bien⁸ o recupera su perdido matrimonio o comprende el peligro al que estaba expuesto y abandona su mal comportamiento.⁹ Los malvados se arrepienten. Los criminales son expuestos. En fin, la trama demuestra con la fuerza de los hechos —narrativos— verdades tan innegables como la de que nadie debe divorciarse nunca por ninguna razón, o la de que nunca pero nunca nunca nunca debe nadie acostarse con nadie antes del matrimonio —ni fuera del matrimonio—, o la infinita verdad del patriarcado, de la familia estricta e irrevocablemente jerárquica; de la fuerza moral incontestable del padre, sostenida en los pilares de la Religión, la Ciencia y la Naturaleza.¹⁰

No se trata, pues, de textos que puedan juzgarse desde el punto de vista literario; pero recuérdese que la serie se autoclasifica como “nove-

⁷ Predeciblemente, se trata de misterios genealógicos; por ejemplo, en JE1, el protagonista se entera de que su guía espiritual es también su padre, a quien su madre le fue infiel y por lo tanto, investido de sublime indignación, se vio obligado a abandonarla para seguir una senda de sabiduría que terminó por conducirlo al encuentro con su hijo (también abandonado) precisamente en el momento en que éste más lo necesitaba, *i.e.* cuando contrae una infección de transmisión sexual.

⁸ Los personajes femeninos sólo pueden ser o mujeres puras —vírgenes, para ser más exacta— o pecadoras. En una transparente ilustración del doble patrón de moral sexual, en JE1 al varoncito cogelón se le otorga la oportunidad de redimirse, mientras que su compañera de juerga (“después de lo ocurrido, se había convertido ante mis ojos en una simple muchachita casquivana a quien no me costaría volver a seducir” [JE1:46]) es condenada a la total decadencia (“No me extrañaría que Joana se convirtiera en mujer pública” [JE1:129]); por supuesto, el muchacho no se casa con ella, sino con Dhamar, una joven buena e intocada que es convencida seguidora de la doctrina de superación expuesta en el libro.

⁹ En GD, el hermano del protagonista se suicida para que éste pueda darse cuenta de sus errores y regrese al buen camino. Una de las últimas sorpresas que nos depara la novela —nada más para que veamos el grado de depravación al que había llegado el personaje— es que, en la autopsia, “A mi hermano le descubrieron rastros de una infección venérea adquirida recientemente” [GD:158].

¹⁰ Por lo general, el autor hace afirmaciones definitivas sin otro apoyo que su propia contundencia; pero cuando se siente obligado a reforzar su criterio, las fuen-

las de superación”, es decir, no es sólo que el acento de la colección esté puesto en una parte diferente de la calidad literaria, sino más bien que la intención literaria está por completo ausente. Sobra, por lo tanto, cualquier expectativa poética, lingüística o estructural.

En cambio, la ingenuidad estilística es asombrosa. Por ejemplo, los personajes se llaman Joana o Sheccid o Dhamar o Sahian o Shaden o Daan o Karen o Jeanette Sandri o Asaf Marín. Los relatos están llenos de afortunadas coincidencias que permiten desatar nudos genealógicos o pagar culpas antiguas. Los personajes siempre se encuentran con quienes se tienen que encontrar en el lugar y en el momento precisos. El lenguaje está más o menos cuidado (con decoro profesional de corrector de estilo) y hay contados errores ortográficos o sintácticos; pero no tiene ningún brillo: se trata de una preceptiva; es un trabajo sin pretensiones: su finalidad es explícitamente no-literaria, didáctica e, insisto, moral.

El intrincado mundo de las relaciones

Me interesa CCS porque su presencia en el mercado —sobre todo, en el mercado simbólico, como dice Bourdieu— dice muchas cosas. Habla, para empezar, de la existencia de un público, si no ávido, por lo menos dispuesto a leer textos acerca de los temas que aborda CCS. ¿Qué temas son éstos? En resumen, CCS habla de *las relaciones*. Las relaciones sexuales, las relaciones entre padres e hijos, las relaciones conyugales. En otras palabras, los temas de CCS tienen que ver con la intimidad, la subjetividad, el sentido de identidad individual y comunitaria, en fin: aquello que el feminismo ha localizado dentro de la esfera de la vida privada.

Lo atractivo del caso es que el autor explora este ámbito desde una perspectiva particular; en principio puede resultar de lo más fácil clasi-

tes a que nos refiere siguen esa lógica infalible: se emite con la misma autoridad una cita paulina (“San Pablo dice que el estado más perfecto para que ciertos hombres desarrollen todas sus potencialidades intelectuales y espirituales es el celibato” [JE1:92]) y el veredicto de un tal Merk, autor de un manual de diagnóstico y terapéutica que es “una de las obras científicas especializadas para médicos más serias de nuestra época” [JE2:92]; pero cuando se queda corto de autoridades, la Naturaleza le permite continuar con la misma energía: “Hombre y mujer embonan naturalmente, lo cual significa que fueron creados para las relaciones heterosexuales” [JE2:142].

ficarla simple y sencillamente como “de derecha”: el punto de vista de CCS es claramente tradicionalista, reaccionario, retrógrada: todos estos calificativos funcionan en la medida en que nos permiten situarnos en una postura supuestamente abierta, “progre” y políticamente correcta.

Sin embargo, el contraste entre las dos posiciones —la “derecha” y la “izquierda”— no genera un equilibrio, porque la argumentación de CCS no es una diatriba histórica, sino un sereno acogerse al sentido común. Sus trabajos son un compendio de las opiniones más convencionales y extendidas sobre la sexualidad y la familia, acicaladas con balbuceos de psiquiatría-ficción (“*Estudios psiquiátricos revelan que el primer paso para regenerar a los delincuentes y depravados es lograr que consigan PERDONAR a algún familiar con el que convivieron en su niñez*” [GD:39]),¹¹ sociología-ficción (“*La base de la sociedad no es la familia sino la pareja. El matrimonio es el fundamento de la humanidad. Si los cónyuges siguen divorciándose, las familias seguirán desintegrándose y la sociedad pudriéndose*” [UO:78]),¹² sexología-ficción (“*El comercio de frotaciones y placeres genitales corrompe el valor del ser humano y lacera el mapa psicosexual*” [JE2:108]) y hasta endocrinología-ficción:

Las mujeres son más fuertes que los hombres. Incluso en el aspecto sexual [...] ¿por qué no son las dueñas del mundo? [...] su organismo les juega una broma terrible: comienza a bombardearlas, mes a mes, con hormonas poderosas que les producen un desequilibrio emocional cíclico [...] pero las mujeres no tienen la culpa de cuanto les ocurre [...] El varón nunca dominaría a una mujer, pero las hormonas lo han hecho. Les han dado el romanticismo, el instinto maternal, la sensibilidad extrema y con ello las han dejado en desventaja para la guerra del poder [...] es un designio de la Naturaleza porque sólo los seres superiores, como ellas, son indicados para realizar la tarea máxima del ser humano: dar a luz, criar y educar a un niño [JE1:152-153].

Por supuesto (y aquí es seguramente donde se reivindica el género novela, por el recurso constante a la ficción), el autor no se ve en ningún momento obligado a informarnos de dónde saca semejantes afirmaciones; las tenemos que aceptar como consecuencia lógica de la enorme sabiduría que rezuma el libro, sin esperar que las valide —más que en algunas escasas ocasiones— con referencias a estudios, investigaciones

¹¹ Las cursivas y versalitas son de CCS; en el original este párrafo viene, además, en negritas, pero tal grosería tipográfica me pareció excesiva para nuestras lectoras.

¹² Las cursivas son, otra vez, de CCS, y de nuevo eliminé las negritas por decoro tipográfico.

o, cuando menos, nombres de psiquiatras, sociólogos, sexólogos o endocrinólogos de carne y hueso.

Quizás lo más interesante sea que tales opiniones encuentran tan poco refuerzo en la vida real; probablemente, muchas personas opinan, con CCS, que “las casadas están sujetas a sus maridos porque el marido es cabeza del hogar” [UO:163] o que “no hay nada más absurdo que una familia desunida” [GD:124] o que “después de experimentar con el sexo, comúnmente la autoestima de la joven soltera disminuye, su reputación ante los demás muchachos se viene abajo y, cuando termina, se siente usada y denigrada” [JE1:11] o que “*todos* los criminales son aficionados a la pornografía” [JE2:108]; pero eso no significa que sus preceptos sean obedecidos al pie de la letra, tan solo porque para mucha gente no son viables.

Por ejemplo, las consignas de abstinencia, continencia, monogamia, fidelidad absoluta, virginidad hasta el matrimonio, en resumen: subordinación de la búsqueda del placer sexual a otros “ideales” (¡superiores!) pueden generar ciertamente alguna clase de sentimientos de culpa y autodegradación, pero tienen una eficacia muy limitada en la prevención de embarazos no deseados e infecciones de transmisión sexual.

Si bien esta prédica permite juzgar la conducta de los demás a partir de una posición de supuesta rectitud, proporciona muy pocas armas para enfrentar la propia conducta con responsabilidad y compromiso, pues las exigencias de “pureza” suelen terminar por sorprender a la gente ante disyuntivas acuciantes, pero sin ninguna preparación: el modelo es tan ajeno a las prácticas de adolescentes y jóvenes que sólo garantiza actitudes de sana hipocresía y la seguridad de que muchos y muchas llegarán a la relación sexual totalmente desprevenidos, como si se tratara de un accidente inesperado, de una equivocación que no les debía de haber ocurrido.

Al mismo tiempo, en los libros de CCS, la satanización de la sexualidad fuera del matrimonio se organiza a partir de racionalizaciones que condenan las prácticas de sexo seguro porque el autor las identifica con el temidísimo “libertinaje”.¹³ De esta manera, reflexiones como la de que

¹³ “El libertinaje sexual es la práctica superficial y sin límites del erotismo; conlleva a uno o más de los siguientes estadios: pornografía, aventuras rápidas, orgías, prostitución, disfunciones y desviaciones [...] El libertinaje provoca estra-

el sexo no es una necesidad vital [...] Existen personas célibes que llevan una vida perfectamente sana [...] Sin estímulo no hay respuesta orgánica. *El sexo [...] puede convertirse en una necesidad sólo si abusas de él* [JE1:55].¹⁴

van seguidas de afirmaciones tan imprudentes como la que sigue: “la píldora [...] puede ocasionar desde várices, celulitis, acné, obesidad o esterilidad temporal hasta desequilibrios nerviosos” [JE1:56]. Desde luego, la primera seguramente no logrará convencer a grandes cantidades de adolescentes de renunciar al sexo; pero la segunda probablemente disuada a muchas jovencitas de usar anticonceptivos.

Sucede lo mismo con las infecciones de transmisión sexual; desde el punto de vista de CCS, tienen una valoración moral indiscutible (“los padecimientos venéreos suelen venir acompañados de una fuerte carga de vergüenza y culpa”): son el azote con que la divinidad castiga a los y las cochinos(as) promiscuos(as) (“ninguno que guste de variar su pareja sexual está exento” de contraer sida [JE1:28]); la salud está asociada de manera directa e inmediata con la virtud y la decencia: sólo se enferman los malos. Desde luego, la ecuación enfermedad=depravación seguramente no contendrá las ganas de adolescentes y jóvenes de probar el fruto prohibido, pero la afirmación de que “los condones no son infalibles” [JE1:29] tal vez consiga que muchos y muchas de ellas consideren innecesario su uso.

De esta manera, CCS se postula como portavoz de la “mayoría moral”, aunque la moral que predica sea también una ficción que parte de su esencialismo sexual, de su convicción absoluta en que el sexo es eterno, inmutable, asocial, transhistórico (una fuerza natural que existe antes de la vida social y que modela sus instituciones) sin determinantes significativos. Por eso sus libros están llenos de sentencias absolutas y certezas contundentes, generales, expresadas de manera terminante y conclusiva, sin matices ni excepciones.

Desde luego, CCS no inventa nada nuevo; pero sistematiza con una obsesión digna de mejor causa —y una falta notable de sentido del humor acompañada de momentos de cursilería extrema— un verdadero catálogo de idioteces, prejuicios, ignorancia, folklor y pintoresquis-

gos psicológicos que afectan la conducta general y deterioran la vida sexual posterior” [JE2:104].

¹⁴ Las cursivas son de CCS.

mo¹⁵ que adoba con un lenguaje feroz de reprobación y tremendismo donde se combinan el infortunio con el vicio, la degeneración y la decadencia, el desenfreno insano, la puerta falsa del libertinaje y la depravación.

El efecto de las prescripciones (y proscripciones) sexuales es que siempre e irremediamente alguien cae en falta; cuantimás si las prescripciones apuntan a una “teoría” del comportamiento sexual que no corresponde en absoluto ni con las costumbres ni con las subjetividades de las personas a quienes se pretenden imponer; se constituyen entonces en un ideal inalcanzable cuya distancia con la gente se expresa como culpa, miedo, vergüenza, engaño, secreto; CCS no funda una realidad en las prácticas, sino en la manera en que se juzgan y jerarquizan, valorizan y agrupan en “buenas” y “malas”; de esa manera, interpreta de manera causal las prácticas y sus “consecuencias” (las enfermedades venéreas, la depravación, la degeneración, la decadencia de la sociedad) para condenar al infortunio a quienes se atreven a atravesar la raya de la decencia.

Los personajes conductores de los relatos de CCS se constituyen, así, en los rectores espirituales de la juventud. Su comportamiento les parece (a sí mismos) tan perfecto y tan merecida su posición de superioridad moral —en relación directamente proporcional con su virtud— que lo pretenden imponer, de manera universal, como la única manera decente y correcta de vivir, al margen de la cual toda variante resulta no sólo equivocada o infeliz, sino reprobable, ruinosa y despreciable. Y tal

¹⁵ Por ejemplo, que la masturbación produce “frigidez, vaginismo, eyaculación retardada o precoz, impotencia y muchos problemas psicosomáticos más” [JE1:57]; o que “Mientras más episodios carnales protagonices sin amor, más te endurecerás, y en el futuro te será imposible experimentar la belleza de una pasión” [JE1:37]. En JE2 modera un poquito su postura ante la masturbación, aunque sigue satanizando su práctica “viciosa”: “existen dos tipos de masturbación: una, llamada *filtro*, totalmente inocua, y otra, llamada *vicio*, que arrastra a la persona a un círculo de problemas sexuales [...] La masturbación *filtro* es practicada emergente y eventualmente por los jóvenes para desfogar su tensión genital, evitando así caer en situaciones más graves [...] La masturbación *vicio* la practica quien busca el placer erótico de forma obsesiva; suele estar acompañada de libertinaje sexual (uso de pornografía, aventuras fugaces, disfunciones, desviaciones) y promiscuidad venérea” [JE2:93]; por supuesto, en ningún momento del libro nos explica dónde se encuentra la delgada línea que separa estas dos prácticas.

calificación no se reduce a la vida sexual, sino que se extiende a todas y cada una de las dimensiones de la vida.

Misoginia y homofobia

CCS se puede leer; en todo caso, para poder *lerlo*, hay que renunciar al expediente de descalificar su escritura de entrada, porque su existencia reviste una serie de significaciones y genera un conjunto de interrogantes dignos de tomarse en cuenta, en particular a la luz de la posibilidad que tienen estos relatos de producir algún efecto en sus lectores. En vista de que una de sus intenciones expresas es la de orientar el comportamiento de la gente en el resbaloso terreno de la sexualidad, creo que los libros de CCS pueden funcionar como un buen indicador de la dirección que toma a últimas fechas uno de los pensamientos más franca y abiertamente conservadores en este país.

Hay dos aspectos en los que este pensamiento es duro y recaltrante: la posición de las mujeres y el rechazo de las “perversiones”. En ambos temas, el discurso de CCS es transparente, lo cual no puede dejar de llamarnos la atención, dado su esfuerzo por “modernizarse” y enarbolar banderas relativamente tolerantes; por ejemplo en JE2, Citlatlil, la hija del narrador, maestro y heredero de la sabiduría sexual prodigada en JE1, confiesa hacia el final del libro ¡que tuvo relaciones sexuales antes del matrimonio! A diferencia de lo que le ocurre a las otras “mujeres livianas”¹⁶ de la narrativa de CCS, a Citlatlil la perdonamos a condición, claro está, de que abandone la liviandad y encauce su vida por la senda que su padre ha marcado en el texto.

Sin embargo, cuando el asunto tiene que ver con la estructura de la familia, el esquema resulta de un conservadurismo asombroso: sólo se concibe una forma de familia, y en ella, quien manda es el padre, por prescripción divina:

La familia es como una empresa. En las empresas existen lineamientos y políticas establecidas por los directivos. Estas políticas no se discuten. Se cumplen [...] A mí me ha tocado ser el directivo de esta familia. Fue Dios quien lo dispuso así, no yo. De modo que, te guste o no, yo pongo las reglas [GD:126].¹⁷

¹⁶ El calificativo, por supuesto, es de CCS.

¹⁷ Adivinen de quién son las cursivas.

Dentro de ese orden perfecto, el lugar de las mujeres implica una clarísima división del trabajo, y su responsabilidad tiene que ver con el sostenimiento de una forma de vida que afecta a todo el mundo social; es a causa de la terquedad de las mujeres que abandonan su puesto en el hogar que la sociedad actual se está pudriendo, cuando sus obligaciones son tan claras, en contraste con las del padre (porque “la herencia del hombre hacia sus hijos es primordialmente material” [UO:162]), que se reducen a la aportación económica y a convivir de vez en cuando con sus retoños:

OBLIGACIONES ESPECIALES DE PAPÁ [...] 5.- *Jugar con los niños como mínimo una hora durante la semana* [GD:134].

OBLIGACIONES ESPECÍFICAS DE MAMÁ [...] 1.- *Comida diaria* [...] 2.- *Supervisión del aseo y buen estado de la casa, la ropa y los coches*¹⁸ [...] 3.- *Recoger a los niños de la escuela* [...] 4.- *Llevarlos a sus clases extras (vespertinas)* [...] 5.- *Jugar con los niños un rato diariamente* [GD:135].¹⁹

“La delincuencia, la drogadicción, la prostitución (la maldad en sí), que ensombrecen a la humanidad no son sino los frutos de las semillas que se siembran en los hogares” [GD:40], y las mujeres son las responsables de esos hogares:

Pero educando a los niños y de paso realizándose un poquito, ¿quién cuidará de la casa? [...] Si se organiza puede arreglarla de manera eficaz y prontamente, o buscar una ayudante [...] su marido es de los que no quieren cooperar; usted entonces deberá lograr que la actividad creativa que eligió le permita también obtener algunos ingresos para pagar, al menos, el sueldo de su ayudante doméstica [...] La sociedad entera depende de que las mujeres entiendan esto: si se alteran confundidas y salen a las calles huyendo del hogar, las familias mermarán y una sociedad en la que no exista unión familiar es un caldo de cultivo para las peores alimañas humanas que se haya podido imaginar [UO:162].

Para que la familia funcione, debemos aceptar un esquema jerárquico, donde cada quien debe conformarse con su papel, que no proviene de la organización social ni de la historia, sino de mucho más arriba, y por lo tanto, ese papel y esa jerarquía son eternas, insolubles, indiscutibles:

El hombre no es más que la mujer, pero [...] *Quien tiene mayor responsabilidad, tiene mayor autoridad* [...] En una familia normal el hombre es responsable de

¹⁸ Nótese, de nuevo, las connotaciones de clase.

¹⁹ El merengue tipográfico se lo debemos a CCS.

todo cuanto pase en el seno del hogar [...] se reconoce al varón como jefe de la familia con autoridad y responsabilidad suprema [...] Para que un hogar funcione como es debido, empecemos por aceptar el orden natural del diseñador [...] Dios diseñó la familia conforme a una estructura. Le dijo a sus hijos que aceptaran responsablemente el precepto: *La cabeza de todo varón es Dios y la cabeza de la mujer, el varón* [UO:163].²⁰

Ese papel y esa jerarquía están basados en la gran diferencia que existe entre los hombres y las mujeres: una diferencia que coloca, al final del cuento, a las mujeres en una posición de indudable superioridad, porque su misión es la misión del amor, el cual las vincula de manera directa con la divinidad:

Su naturaleza vital la hace un ser diferente a su esposo, un ser esencialmente superior al que se le ha asignado una tarea superior [...] de amor [...] La mujer está hecha de otro material, con otras cualidades que la hacen ser el centro vital de la humanidad [...] Su naturaleza es poderosa [...] Si la mujer se derrumba se acaba la moral, la paz, los valores. Es cierto que con su enorme capacidad ustedes podrían desempeñarse en cualquier trabajo, igual o incluso mejor que los varones; algunas que no tienen el apoyo de un marido lo hacen y muy bien, pero muchas que sí lo tienen pretenden subvertir los papeles sin razones ni necesidad [...] los hombres podemos hacer muchas cosas [...] pero siempre y cuando [...] sepamos que alguien nos está esperando en casa... [UO:164-165].

Así que eso de trabajar, eso de querer conquistar el ámbito público, señoras, olvídenlo. A menos que se encuentren en una situación *especial*:

Jeanette es un caso especial [...] puede desempeñar el papel de ejecutiva por tiempo completo, y a veces más, porque su marido está imposibilitado para tener hijos; además es pintor y su trabajo requiere de total silencio y soledad. Eso la obliga a ella a organizarse de forma especial. Y vaya que lo hace bien... Con todo, es celosa de su casa y no ha evadido su responsabilidad natural de ser el eje de su pequeño hogar [UO:161].

Como complemento a esta reclusión necesaria para la existencia de la vida social, CCS coloca en un sitio muy elevado el asunto de la maternidad. Por cierto, ¿dije más arriba que el discurso de CCS no es una diatriba histérica, sino un sereno acogerse al sentido común? Perdón, me retracto; hay un tema en que su tono se parece a los desvaríos serranolimonistas: para él, la interrupción del embarazo es la peor desgracia que le puede ocurrir a una mujer, ya se trate de un aborto accidental o deliberado:

²⁰ Cursivas de CCS; en el original, además, son negritas.

Descubrí que la verdadera degradación de la chica proviene del choque emocional que le produjo el proceso de abortar [JE2:64].

Cuando una madre decide abortar no piensa en evitar sufrimiento a su hijo sino en evitárselo a sí misma [JE2:74].

Para CCS, el embarazo es un acontecimiento mágico, no un proceso; en esta circunstancia determinada por la voluntad divina, no distingue etapas ni desarrollo. Para él, la teoría del homúnculo funcionaría de maravilla: ésa en la cual se postula que la semilla (paterna) es ya un ser completamente formado desde el momento de la concepción, y solamente tiene que crecer en el seno materno:

el feto es un ser humano completo, cuyo corazón late, poseedor de ondas cerebrales como las de cualquier individuo pensante, capaz de sentir dolor físico y reaccionar con emociones de tristeza, alegría, angustia o ira [JE1:48].

La misma intransigencia se manifiesta cuando habla acerca de las “perversiones”. Para CCS sólo hay una manera de practicar la sexualidad, *i.e.* el coito heterosexual, de preferencia en muy contadas ocasiones;²¹ todas las variantes son malignas o, por lo menos, sospechosas. El autor sigue el planteamiento de la *scientia sexualis* decimonónica para explicarnos que:

Los mapas sexuales *muy dañados* arrojan desviaciones llamadas parafilias. Algunas son muy raras, y todas más frecuentes en varones,²² para curarlas es

²¹ Cristóbal Henestrosa (*op. cit.* en la nota 3) nota que el narrador de JE2 sólo tiene una hija; después de haber pontificado con tanta convicción en contra de los anticonceptivos y los condones, ¿habrá que suponer que sólo tuvo relaciones sexuales una vez en la vida?

²² CCS está sujeto a la paradoja tradicional acerca del deseo femenino: por un lado, las mujeres son la perdición de los hombres, pero por el otro, resulta que su deseo sexual siempre es más leve, está atenuado de alguna manera por su naturaleza femenina tan delicada (¡por las hormonas!), de modo que ni siquiera se les concede la posibilidad de masturbarse con la misma intensidad que los varones: “La sensibilidad hormonal hacia los estímulos es menor, por lo general, en las mujeres que en los hombres [...] la libido femenina no estimulada sexualmente puede permanecer latente durante largos periodos [...] Si una jovencita NO vive excitaciones sexuales inducidas por besos profundos, caricias, pensamientos eróticos o pornografía, no sentirá ningún deseo de masturbarse. En las niñas, sólo invitaciones muy específicas del medio pueden despertar ese deseo [...] las mujeres no suelen hacerlo sino hasta las últimas etapas de la juventud (veinticinco a veintinueve años) y en especial en los inicios de la madurez (treinta a treinta y nueve años), cuando, por lo común, los estímulos han llegado a niveles máximos” [JE2:94].

necesario [sic] psicoterapia a largo plazo [...] *Sadismo* [...] *Masoquismo sexual* [...] *Voyeurismo* [...] *Fetichismo* [...] *Travestismo* [...] *Pedofilia* [...] *Exhibicionismo* [...] *Transexualismo* [JE2:108-109].

Las “parafilias” están relacionadas con todo el mal que CCS puede imaginar (siempre, por supuesto, algo que tiene que ver con el cuerpo, con el sexo, con el placer):

Orgía es el acto de compartir simultáneamente parejas sexuales. Son comunes entre drogadictos, homosexuales y personas con graves confusiones sexuales [JE2:109].

Y su peor pesadilla es un mundo diferente al que él propone:

Es la sociedad la que se está pudriendo: el movimiento *gay* gana cada día mayor fuerza; los negocios más prósperos, fuera de la droga, se relacionan con sexo ilícito: prostitución, abortos, casas de citas, centros de masajes eróticos y pornografía; en las escuelas se promueve el amor libre; no es raro que el gerente seduzca a las empleadas; resulta normal saber de alguien que fue infiel a su cónyuge o que se acostó con otra persona [JE2:126].

En JE2 (*¡Curso definitivo sobre conducta sexual!*), arremete en contra de la homosexualidad. La joven de conducta más peligrosa es “un tanto lesbiana. Bisexual” [JE2:77]; su conducta es muy promiscua y termina siendo asesinada en un cuarto de hotel. Las pesquisas detectivescas de CCS nos conducen al asesino, quien es (¡oh sorpresa!) otro homosexual. Desde luego, el enfoque de JE2 quiere ser científico y objetivo. Por eso nos explica que:

El problema del homosexual no es hormonal ni hereditario, sino estricta y absolutamente UN PROGRAMA GRABADO EN LA COMPUTADORA CEREBRAL, un problema de *conducta aprendida* [...] En todo aquel que se vuelve homosexual se presentan invariablemente varios pasos... [JE2:138].

Una de las misiones de este libro es, por tanto, librar la dura batalla en contra de la homosexualidad. Aunque el autor sabe que no será fácil, pues esta perversión ha ganado mucho espacio en el mundo y sus víctimas están a punto de convencernos de que les aceptemos:

Los homosexuales son normalmente muy inteligentes y capaces [...] Por eso es común encontrar infinidad de artículos que justifican o defienden la homosexualidad [...] Psicólogos como Havelock Ellis o Alfredo Kinsey elaboraron informes para demostrar que la homosexualidad era involuntaria, e incluso positiva (Kinsey asegura que *todos* los seres humanos poseemos tendencias homosexuales y es *normal* llevarlas a la práctica en algún momento), pero es sabido que los informes estaban encaminados a justificar sus propias desviaciones [JE2:141].

El principal argumento en contra de la homosexualidad (y de todas las “parafilias”) es el de la Naturaleza: “La homosexualidad se acerca mu-

cho a la degradación irreversible. Es una conducta tan antinatural como las relaciones sexuales entre padres e hijos y está muy lejos de DIGNIFICAR al ser humano” [JE2:142]; pero hay poco que hacer si los propios homosexuales no reconocen su error: “El principal problema de los homosexuales es que su ego es más duro que el de los alcohólicos. No reconocen estar mal” [JE2:142]. Lo bueno es que aquí está CCS para reconducirlos por la senda del bien, siempre y cuando ellos se dejen...

NO SE DEBE RECHAZAR A LOS HOMOSEXUALES, PUES SON SERES HUMANOS ESENCIALMENTE IGUALES A LOS DEMÁS. NO OBSTANTE, TODOS, INCLUSO ELLOS MISMOS, DEBEN RECHAZAR TAJANTE Y ENÉRGICAMENTE LA CONDUCTA HOMOSEXUAL [...] Esta conducta es aprendida y por lo tanto reversible: ellos pueden recuperar su naturaleza heterosexual. Si quieren... [JE2:144].²³

La dimensión moral

La reglamentación de la vida sexual y reproductiva no es un fenómeno del mundo moderno, aunque las diferentes maneras en que se han concebido esas dos facetas de lo humano han dado lugar a distintas reglamentaciones.²⁴ No se puede decir que los feminismos hayan generado una posición unitaria respecto del tema, sino acercamientos diversos, desde diferentes preocupaciones, que dibujan un amplio espectro.²⁵ Lo cierto es que no han sido indiferentes a la idea de reglamentar la sexualidad.

²³ CCS contribuye con su granito de arena a la estigmatización de las personas que viven con VIH/sida: “el virus HIV está en las secreciones de las personas que padecen sida y, entre besos, masajes y caricias, podría entrar a tu cuerpo a través de alguna herida abierta” [JE1:29].

²⁴ Para una visión histórica de la construcción de la sexualidad, véase Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*, vol. I, *La voluntad de saber*, Siglo XXI Editores, México; hay una lectura muy interesante de la mirada foucaultiana en Francisco Vázquez García y Andrés Moreno Mengibar, *Sexo y razón / Una genealogía de la moral sexual en España (siglos XVI-XX)*, Akal Universitaria, Madrid, 1997.

²⁵ Por ejemplo, en un extremo del espectro, cierto feminismo puritano de los años setenta se alió con las fuerzas conservadoras en su afán por abolir la pornografía (véase Raquel Osborne, *La construcción sexual de la realidad*, Ediciones Cátedra/Universitat de València/Instituto de la Mujer, Col. Feminismos, Madrid, 1993).

Las dificultades que tal tarea entraña tienen que ver con las diferentes definiciones que le damos a la palabra "sexualidad";²⁶ seguramente ningún feminismo ha dejado de ver las consecuencias que las reglamentaciones tienen en la vida de las mujeres, y de ahí la necesidad de discutir las propuestas de reglamentación que, como la de CCS, reducen los problemas de la reproducción y la vida sexual a un rígido conjunto de prohibiciones específicas.

Hay muchas objeciones que se le pueden hacer al discurso de CCS: que es prefreudiano, que reduce el papel de las mujeres a la maternidad, que maneja un doble patrón de moral, que es discriminatorio de las minorías sexuales, que es clasista, prejuicioso, desinformado. Ciertamente, que sus raíces ideológicas se pueden rastrear hasta etapas bastante antiguas pues, como dice Eleanor Commo McLaughlin:

nuestra sociedad secularizada, en sus asunciones sobre la mujer y sus trabajos, tiene raíces profundas e inconscientes en la cultura medieval. La verdadera liberación del androcentrismo y la misoginia de estas asunciones puede venir solamente cuando este pasado se haga explícito y claro en sus implicaciones.²⁷

Pero, entre todas las objeciones posibles, tal vez las que atañen al planteamiento moral sean las más pertinentes. Desde la perspectiva de Carlos Pereda,²⁸ podríamos caracterizar los planteamientos de CCS como un ejemplo de "moral criterial", es decir, "un conjunto de reglas precisas, fijas y generales: cuchillos afiladísimos capaces de decidir en cualquier caso y con la mayor certeza si una manera de creer, desear, sentir o actuar es moralmente buena o mala" (p. 46). Además de proporcionarnos ese catálogo de prescripciones específicas, la moral que enarbola CCS no concede ninguna autonomía a las personas; por el contrario, para CCS, los receptores de sus novelas necesitan sus preceptos precisamente porque son incapaces de actuar, sentir o pensar como agentes

²⁶ Una problematización del concepto de sexualidad puede leerse en Gayle S. Rubin, 1993, "Thinking Sex: notes on a radical theory of the politics of sexuality", en Henry Abelove, Michèle Aina Barale y David M. Halperin, *The Lesbian and Gay Studies Reader*, Routledge, Nueva York/Londres, pp. 3-44.

²⁷ Véase "Equality of souls, inequality of sexes: woman in Medieval Theology" en Rosemary Radford Ruether (comp.), *Religion and Sexism. Images of Woman in the Jewish and Christian Traditions*, Simon and Schuster, Nueva York, 1974, p. 214.

²⁸ Véase su *Crítica de la razón arrogante / Cuatro panfletos civiles*, Taurus, México, 1999.

morales. De esta manera, niega la mera posibilidad de que las personas den respuestas morales a sus preguntas morales y autodeterminen su vida.²⁹

Dice Carlos Pereda que, para el “totalismo moral” (es decir, la tendencia a moralizarlo todo), la sexualidad siempre ha sido “un ámbito de elaborada fascinación” (p. 57); sin embargo, desde su punto de vista, no debe haber un “código moral sexual” en razón de que

la sexualidad ocupa un papel central en la condición humana. Para cada persona su sexualidad es un momento constituyente de su identidad personal [...] Sin embargo, esa dimensión de la vida no necesita a cada paso de normas especiales de aplicación más o menos mecánica [...] son suficientes las normas que rigen el resto de la existencia, principios como el de la universalidad o el de la autonomía que, a partir de un modelo reflexivo, la capacidad de juicio tendrá que aplicar en situaciones de perplejidad o conflicto [57].

Creo que buena parte del feminismo ha adoptado un modelo reflexivo de moral en que la sexualidad no se convierte en un espacio donde “se vale todo”, sino un campo problemático para el que no hay soluciones preestablecidas y en el cual existen preguntas para las que sólo tenemos respuestas provisionales.

Por eso, uno de los temas morales del feminismo ha sido el del consentimiento, y no debe asombrarnos demasiado que los libros de CCS lo ignoren de manera total, porque en su mundo moral lo que se juzga y se condena son las prácticas, las conductas, los pensamientos y las palabras (aunque se eviten reflexiones acerca del “pecado” y la “condenación”).

La dimensión política

Me interesa el pensamiento de la derecha en la medida de sus repercusiones en la realidad —las cuales quizá no sean más que relativa y

²⁹ A este modelo, Pereda opone el de la “moral reflexiva”, cuyas características son la universalidad (una regla moral debe valer para cualquier persona), el mandato de igualdad, la regla de imparcialidad y el kantiano imperativo categórico: “Actúa sólo de acuerdo con aquellas máximas que puedes querer que se conviertan en ley universal” (p. 46). El complemento de estas características es “el principio de autonomía de las personas. Cualquier agente debe autodeterminar su vida, sin permitir que sus decisiones le sean ‘arrancadas’ por la opresión externa o la propia incontinencia: el agente moral debe ser [...] ‘autolegisador’” [46-47].

limitadamente cognoscibles, pero me afectan de manera considerable—; me interesa el pensamiento de la derecha en la medida en que me concierne, en la medida en que es capaz de producir efectos en la vida material.

Es imposible discernir el alcance de los libros de CCS, pero sabemos ciertamente que su discurso está vinculado con hechos que afectan la vida de las personas de manera directa; por ejemplo, con el hecho de que un juez se niegue a conceder un divorcio con el argumento de la preservación de la familia; o que una serie de funcionarios públicos anule el derecho de una niña de 13 años a interrumpir un embarazo producto de una violación en nombre de la sagrada defensa de la vida; o que unos jóvenes se dediquen (con impunidad y bajo la mirada complaciente de sus mayores) a perseguir y cazar homosexuales porque están seguros de que sus prácticas son “contranatura”; que grupos organizados de poder bloqueen y prohíban que se difunda información vital para la prevención del contagio de infecciones de transmisión sexual (incluso VIH/sida) con el fin de preservar la pureza de adolescentes e infantes; que la policía vulnere sistemáticamente las garantías individuales de trabajadoras(es) sexuales porque “ofenden las buenas costumbres”; o que en una “operación mochila” se considere igualmente punible el transporte de armas que el transporte de condones.

Lo cierto es que CCS está en la discusión pública y creo que nos aporta elementos para participar en ella de manera abierta. El problema es postular otras formas de vida, diferentes del imaginario conservador y que admitan, al mismo tiempo, que tal vez para algunas personas estos preceptos de la decencia son un ideal de vida. Si tal cosa ocurre, nadie se va a oponer a que esas personas practiquen la abstinencia, la fidelidad, la heterosexualidad y la posición del misionero; pero es indispensable garantizar que, junto a esos ideales, se puedan desarrollar y cumplir otros, distintos, diversos; y que adolescentes y jóvenes tengan acceso a la información pertinente sin sentirse unos(as) depravadas(os).

Libros consultados de Carlos Cuauhtémoc Sánchez

La última oportunidad, Ediciones Selectas Diamante, México, 1994, 190 pp (UO).

Juventud en éxtasis / noviazgo y sexo prematrimonial, Ediciones Selectas Diamante, México, 1994, 187 pp (JE1).

Un grito desesperado / Novela de superación para padres e hijos, Ediciones Selectas Diamante, México, 1994, 189 pp (GD).

Juventud en éxtasis 2 / Curso definitivo sobre conducta sexual, Ediciones Selectas Diamante, México, 1997, 191 pp (JE2).